

CAPITULO XI.

PREMIO AL INTRIGANTE.

El desmoronamiento del pantomímico imperio de Iturbide se habia acentuado mucho en el mes de Marzo de 1823.

Un directorio revolucionario funcionaba en Puebla, en el cual ocupaban el primer lugar el marqués de Vivanco, Negrete, Echávarri y seguian todos los que habian sido masa dictos á la corona, los que mas habian ayudado al generalísimo y mas marcados honores habian recibido de su gobierno, todo lo cual sentia él como heridas mortales en su corazon, diciendo en sus conversaciones privadas á la emperatriz que no habia visto ni creía que pudieran existir mónstruos mas grandes de ingratitud como aquellos hombres.

Victoria, segun hemos visto antes, se habia quedado al frente de la comandancia de Veracruz y el mismo 8.º Regimiento que seguia al mando de Santa Anna, formaba parte de la guarnicion que estaba á sus órdenes, de manera que el héroe del motín habia vuelto á quedar de simple subalterno, lo cual no cuadraba bien con sus grandes ambiciones.

Estaba el 10 del mismo Marzo nuestro héroe don Antonio en el gabinete del general Victoria á eso de las once de la mañana, cuando llegaron á este pliegos de la Junta de guerra que funcionaba en Puebla, dándole noticias del buen cariz que presentaba la revolución, y como se habia resuelto destronar de pronto á Iturbide á reserva de lo que dispusiera la representación nacional, haciendo falta solo para que el golpe fuera redondo, que hubiera tambien un ejército revolucionario que apoyara el plan de Casa Mata en los Estados del Interior.

Santa Anna, que habia logrado, segun su costumbre, inspirar gran confianza á Victoria como amigo y partidario suyo, de lo cual le habia dado muestras en las dos veces que le habia querido ceder el mando, respetándolo como su superior y admirándolo siempre por su valor, por su constancia y por su práctica militar, cogió al vuelo aquella confidencia del Directorio y construyendo rápidamente un plan en su cerebro, le dijo:

—Mi general, se comprende muy bien cual es el objeto encubierto de esa indicacion de la Junta.

—¿Cuál? le preguntó Victoria.

—Que V. E. mande algunas tropas que no le hagan falta para que desembarquen en Tampico y se presenten engrosadas por el rumbo de San Luis Potosí, amenazando tambien al Imperio.

Victoria, que no era tan perspicaz como Santa Anna, se quedó mirando á éste sin comprender cual era su intencion. Entonces le explicó muy ampliamente

que podía ser muy bien que la idea de la Junta fuera la de que se le ayudara con fuerzas por aquel rumbo, pero en el evento contrario de que no fueran esas las intenciones del Directorio, allí estaba ese pliego para que pudiera cubrir la determinación de aquel movimiento, que tanto convenía á Victoria para contar con un buen cuerpo de ejército en el interior mandado por un amigo leal que estaba dispuesto á dar su vida por engrandecerlo. Santa Anna era audaz, y dijo por fin sin embajes á Victoria:

—Una vez caído Iturbide y establecida la República, ninguno tiene méritos como V. E. para ser electo Presidente, y en mí tendrá su principal apoyo.

Victoria cayó en la trampa y sostuvo á su vez la oportunidad de que Santa Anna apareciera con su Regimiento por Tampico, de lo cual se propuso dar cuenta al Directorio, acordando con Santa Anna que lo haría en el momento en que estuviera ya para embarcarse á fin de que no hubiera tiempo de recibir una contra-orden.

Mientras avanzaba Santa Anna con su Regimiento, el imperio cayó, Iturbide tuvo que salir desterrado con su ex-imperial familia, entró el ejército libertador á México, funcionó el congreso, se nombró un triunvirato para que desempeñara el Poder Ejecutivo interinamente y varios partidos entraron en lucha presentando serios obstáculos á la revolución.

Santa Anna desembarcó en Tampico, llegó á marchas forzadas á San Luis Potosí, y aunque se encontró todo dispuesto de muy distinta manera de como creía.

sin que nadie se apresurara á ponerse á sus órdenes para engrosar su ejército, etc., etc., como vió que todo andaba revuelto y que se necesitaba hacer ruido, mucho ruido, satisfecho de que el que gritara mas, se había de llevar la palma, hizo un nuevo pronunciamiento en San Luis declarándose "Protector del sistema Federal."

—¿Qué sistema es ese? le preguntó un vecino curioso.

—Yo no lo conozco, le contestó Santa Anna, pero he oído decir que ese es el que mas conviene en estas circunstancias.

En San Luis le sucedió otra vez á Santa Anna lo que le había pasado en Veracruz: se presentó allí el general Armijo que también era partidario del sistema federal, tuvo que ponerse á sus órdenes porque era su superior y que desistir de su plan de protectorado, no librándose por eso de ser llamado á México para responder de su conducta, previniéndosele que dejara el Regimiento en Querétaro al mando del jefe que se le designó.

—¡Diablo! ¡diablo! exclamó Santa Anna, yo soy el autor de todo esto, por mí tienen el mando esas gentes de México, y sin embargo, yo voy á ser el primer procesado. ¡Bravo por la gratitud de los políticos! Aquí era mano de pronunciarse por cualquier plan para no tener que ir á dar cuenta de mi conducta; pero como no me han de hacer nada y me conviene mucho ir á mezclarme en las intrigas que hay ahora y en las que indisputablemente tengo que hacer papel, ¡vamos á México, y Cristo con todos!

Antes de salir de Querétaro habló en secreto con los oficiales de su confianza, acordando con ellos la manera de estar en frecuente comunicacion.

Llegó á México, y al dia siguiente, vestido con todos sus arreos de brigadier, se presentó al Ministerio de la Guerra. El ministro Herrera, que sabia era muy poco paciente, le hizo guardar una pequeña antesala y lo recibió agradablemente. En tono de chanza le dijo:

—¿Cómo ha ido, señor protector de la federacion?

—Excelentísimo señor, le contestó Santa Anna, ¿no dicen los papeles públicos que está triunfante la causa que yo juré sostener en San Luis?

—Allá íbamos todos, solo que vd. se apresuró demasiado; pero vamos á ver, señor brigadier, ¿qué entiende su señoría por sistema federal?

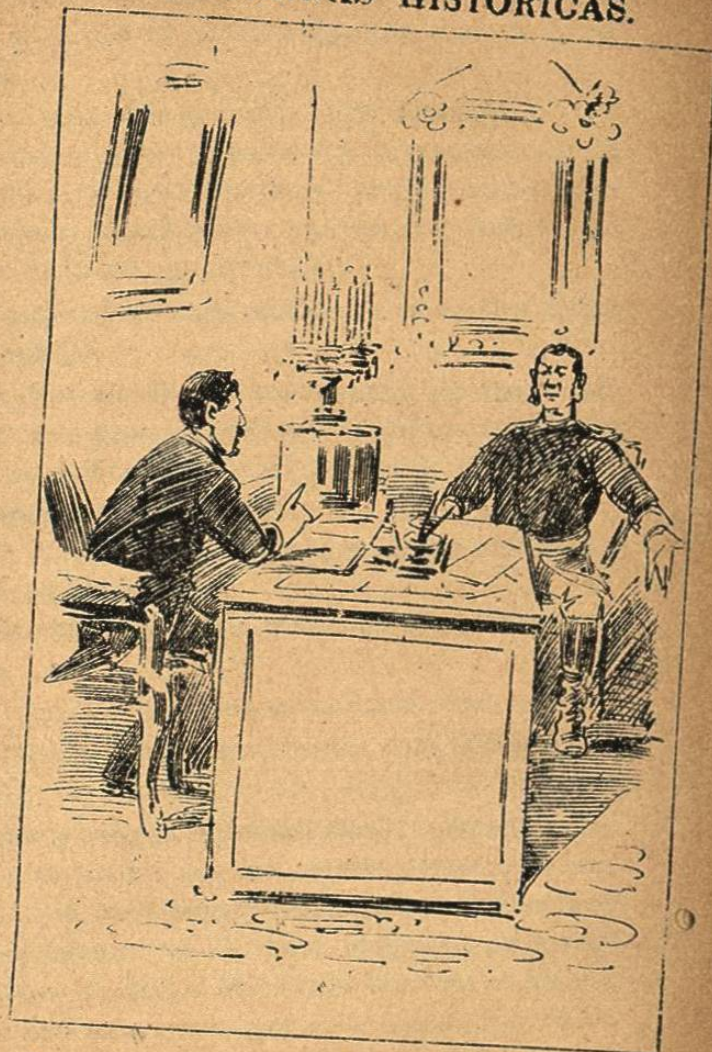
—Diré á Su Excelencia, que cuando yo me pronuncié en Veracruz por la República, maldito lo que entendía de lo que era eso, á no ser por Santa María y un licenciado de Jalapa que me lo explicaron; pero cuando en San Luis me pronuncié declarándome protector de la Federacion, me quedé tan en ayunas como lo estoy hasta ahora porque nadie ha podido explicármelo ni bien ni mal.

—Entonces ¿por qué se pronunció vd?

—Porque los amigos me lo comunicaron en sus cartas y porque algunos potosinos me lo exigieron como una muestra de mis ideas avanzadas, y á mí me gustó el plan para singularizarme.

—Pues en premio de la franqueza con que usted

## LEYENDAS HISTORICAS.



—De manera que cuando yo creia que se me iba á recibir con palmas....?

—Ha estado á punto de que se le reciba con calabozo.

me habla, le ofrezco empeñarme con el Poder Ejecutivo, y especialmente con Michelena que es el de mas influjo para que lo traten mejor que como se habia pensado.

—¡Ah! ¿pues qué se queria hacer conmigo?

—Encerrarlo por providencia precautoria en la Acordada ó en algun cuartel: yo tengo las instrucciones al efecto y para que en seguida se le formara un proceso en forma por su rebeldía.

—¡Cáscaras! ¡Por mi rebeldía! y es mi plan el que ha triunfado!

—Sí, pero vd. dió tan mal ejemplo, que ahora cada cual se está pronunciando por lo que se le antoja, y todos los militares le están perdiendo el respeto al gobierno por culpa de usted.

—De manera que cuando yo creia que se me iba á recibir con palmas.....

—Ha estado á punto de que se le reciba con calabozo.

No dejó de desconcertarse Santa Anna y aun se puso mustio; pero luego Herrera para tranquilizarlo le dijo:

—Somos amigos, hicimos juntos la campaña de Veracruz y es natural que me interese por un buen compañero. Así, pues, bajo mi responsabilidad se va usted á su alojamiento con la única obligacion de presentarse todos los dias al Ministerio mientras se resuelve sobre su persona. Para que no le falten recursos hoy mismo puede ocurrir á la Tesorería por quinientos pesos,

Por supuesto Santa Anna se retiró satisfecho y fué á cobrar el dinero con el propósito de morder, si era necesario, la mano que se lo daba, como habia hecho con Iturbide, quien, se recordará, le hizo un obsequio semejante de su bolsillo particular para que al día siguiente se le rebelara.

Como los días pasaban y todo el país estaba revuelto, y Santa Anna no podia moverse porque se sentia vigilado, escribió á sus oficiales del 8.º diciéndoles que se pronunciaran por cualquiera cosa, mientras él iba á reunirlos. En efecto, el 8.º se pronunció en Querétaro, pero el general Bravo estuvo pronto á someterlo y ordenó su disolución, mirando Santa Anna con ojos tristes desde lejos que habia concluido su Regimiento, aquel cuerpo con que contaba para cualquier calaverada que se le ocurriera.

En las siguientes semanas vió al mismo Michelena, vió á Victoria, movió cielo y tierra para salir de aquella situacion, y estaba ya consiguiéndolo, cuando ocurrió el pronunciamiento de Lobato en la misma capital.

Entonces Santa Anna se encontró en su elemento, que era el de la intriga. Por un lado fué con los pronunciados y les dijo que contaran con él, y que se les reuniría luego que pudiera allegarles nuevos elementos; pero por el otro fué y se ofreció al Gobierno como mediador, asegurándole que tenia tanta influencia sobre los gefes rebeldes, que estaba seguro de hacerles aceptar cualquiera transaccion.

Se encontró con que el Gobierno era enérgico, con que este tenia un mejor apoyo, que era el del Con-

greso, pues los congresos eran entonces tan respetados, como que se les tenia por la verdadera Representacion nacional, y obtuvo la respuesta de que no se necesitaba su intervencion, y que si queria, podia aliarse con los revoltosos. Vió que con estos no podia tampoco ocupar el primer término, y prefirió meterse en baraja, esperando el desenlace de los sucesos.

Los sucesos se desenlazon á favor del Gobierno, los pronunciados se sometieron y entonces Santa Anna volvió á mover sus influencias para que se terminara su causa que apenas se habia comenzado y en el mes de Marzo de 1824 consiguió, á fuerza de intrigas, que el asesor de guerra Licenciado Alvarado estendiera su parecer del todo favorable al procesado haciendo valer sus servicios prestados en Veracruz durante la guerra de independecia, como despues proclamando allí la República y en San Luis el sistema federal que era el que habia triunfado, por lo cual opinaba que lejos de merecer castigo era acreedor á los premios que de seguro tendria que otorgarle el gobierno.

El general Barragan que era el comandante militar, acordó de conformidad adhiriéndose en todo al dictámen del asesor y Santa Anna desde ese dia comenzó á visitar á todos los miembros de influencia en el gobierno, haciéndoles patentes sus méritos y de tal manera lo veian moverse y meterse en todas las casas, como si realmente tuviera grandes negocios entre manos, que el gobierno se alarmó y trató de Santa Anna en consejo de ministros.

—¿Que hacemos con este hombre? preguntó el Ministro de la Guerra.

—Sería conveniente darle alguna colocación en Palacio para tenerlo cerca, opinó Victoria que era uno de los tres miembros del poder ejecutivo.

—Haré observar á ustedes, dijo otra vez el Ministro de la guerra, que lo primero que reclama Santa Anna es la banda de general por estar comprendido en el decreto que hizo generales á todos los brigadieres.

—Es muy justo que lo hagamos general, apoyó Michelena.

—Pero si nada mas de jefe de cuerpo ha sido tan quisquilloso, ¿que no hará siendo general?

—Este nos va á dar muchos dolores de cabeza, opinaron todos.

—Se me ocurre una idea, señores, dijo Alaman. Debemos quitarlo de la provincia de Veracruz, porque allí es donde tiene sus influencias.

—Por eso digo que lo tengamos aquí cerca, donde podamos vigilarlo, afirmó Victoria.

—Aquí es muy capaz de armarnos una bola el día menos pensado, dijo el de la guerra. Ustedes no conocen á Santa Anna bien peinado.

—Que continúe exponiendo su proyecto el de relaciones.

—Pues mi proyecto continuó diciendo Alaman es que lo mandemos de gobernador á la Península yucateca.

—¡Pobres yucatecos! exclamó Victoria, ¿qué nos han hecho para que les mandemos á tan inquieto personaje?

—Es que solo allí no podrá hacer muchas intrigas.

Siguió deliberándose, y concluyeron todos por aceptar aquella indicacion de Alaman como la menos peligrosa.

El Ministro de la Guerra quedó encargado de hacer mucho bombo al nombramiento para que Santa Anna lo estimara como una recompensa y no como un destierro militar.

De pronto, al recibir sus despachos tanto de general de brigada, como de gobernador y comandante militar de Yucatan, no dejó de brincar de gusto, pero despues que habló con el Ministro y vió la cara que ponía y las instrucciones que le daba, entre las que llevaba la prevencion de no separarse de la provincia sin permiso escrito, y despues que todos sus amigos los conspiradores le hicieron ver que el Gobierno lo desterraba porque le temia, no dejó de exclamar cuando ya iba en camino:

—¡Que no me separe sin permiso escrito! eso ya lo veremos: cuando menos lo aguarden ya tendrán por aquí al general Lopez de Santa Anna.